

Jorge Valenzuela Garcés

La sombra interior

Editorial Laberintos S. A. C., Lima, 2006; 232 pp.

La sombra interior, de Jorge Valenzuela, es una compilación de la producción cuentística de este destacado autor de la generación de narradores de los ochenta. El volumen agrupa sus tres libros de relatos: *Horas contadas* (1988), libro que lo dio a conocer en nuestro mundo literario; *La soledad de los magos* (1994) y el que da título al conjunto, que reúne cuentos que recién se publican en libro.

Después de leer con atención los cuentos que conforman el volumen, el título *La sombra interior* resulta en cierto sentido paradójico, pues una de las elecciones formales más consistentes en estos relatos es una visión desde fuera, lo que la narratología de Genette denominaría precisamente focalización externa.

Es verdad que Valenzuela recurre a narradores de diverso tipo (diez relatos presentan un narrador en tercera persona y catorce en primera, incluyendo dos discursivizados desde una voz femenina), pero casi siempre prevalece un distanciamiento del narrador, una mirada externa. Estos narradores se caracterizan por un afán de objetividad, de neutralidad: manejan conocimientos limitados y transmiten información al lector con cierta dosis de avaricia. Por ello, en general, no

percibimos la interioridad de los personajes: apreciamos su accionar, pero no conocemos los móviles que los impulsan.

Esta parsimoniosa obsificación de la información exige la intervención de un lector activo: estos relatos se configuran como obras abiertas y el rol del lector es completar esos sentidos apenas esbozados en los textos. Al lector le corresponde sacar sus propias conclusiones.

El título del volumen *La sombra interior* parece pues orientar nuestras expectativas hacia relatos psicológicos, hacia el análisis de intimidades, y asistimos en cambio a la presentación de exterioridades. Sin embargo, dándole otra vuelta de tuerca al sentido general de la propuesta de Jorge Valenzuela, el título recobra pertinencia: le cabe al lector descubrir esa sombra interior, esa energía misteriosa que impulsa y explica la conducta de los personajes.

A esta visión exterior, objetiva y distanciada, corresponde un estilo sobrio y despojado, pero fruto de un trabajo paciente de escritura y reescritura. Para un discurso que vehicula dosis mínimas de información, resulta conveniente lo que Barthes llamaría una escritura en grado cero, caracterizada por la parquedad y la

concisión. La semiótica no dejaría de subrayar este fenómeno de isomorfismo entre el plano de la expresión y el plano del contenido: En un lenguaje más coloquial, existe una relación de necesidad entre la forma y el contenido; en un lenguaje más técnico, constatamos una eficiente solidaridad entre la focalización externa y la escritura en grado cero.

Estas reflexiones llevan a su vez a formular una pregunta: ¿El volumen titulado *La sombra interior* funciona como un macrotexto? Es decir, ¿se trata de un volumen orgánico y no de una mera sumatoria de relatos independientes agrupados por un azar editorial? Me atrevería a contestar que sí, que se trata de un volumen orgánico. Ya hemos evidenciado algunas constantes como esa visión exterior y esa escritura parca y concisa. Pero además se pueden detectar ciertas recurrencias sermónicas.

De los veinticuatro cuentos que conforman el volumen, dieciséis presentan un final violento o trágico, en tanto en otros seis el desenlace está marcado por el fracaso y la soledad. Sólo dos relatos resultan atípicos: en uno, «Amanecer en Madrid», que narra el inicio de una relación amorosa entre una pareja de peruanos que se conocen en un bar de la capital española, se podría hablar de un final feliz o positivo; en tanto en el otro «Viejos perros», que relata un reencuentro de Mario Vargas Llosa con sus ex compañeros del

Leoncio Prado durante la campaña electoral del 90, destaca el componente humorístico (dicho sea de paso, el humor es un elemento prácticamente ausente en el resto de los relatos).

Por ello, el conjunto de estos relatos bien podría merecer un título ribeyriano: *La tentación del fracaso*. Si hay que insertar estos cuentos en la tradición peruana, habría que hacerlo en la línea abierta por Ribeyro: los relatos de Valenzuela nos presentan a personajes marginales, solitarios y fracasados. Aunque habría que anotar, como un evidente rasgo diferenciador, una dosis de violencia y de cierto cínico distanciamiento del narrador con respecto a sus personajes, no tan frecuente en Ribeyro ni en los narradores del cincuenta.

La soledad y la marginalidad son constantes de estos relatos. Ellos nos presentan exilios interiores y exteriores. Los espacios representados nos sitúan en el Perú o en el vasto mundo, pero siempre los personajes son entidades ensimismadas, desarticuladas de su entorno.

De especial interés resultan los relatos que tematizan el exilio exterior: ellos nos presentan una sugerente visión de la diáspora peruana en estos tiempos de globalización, de ese archipiélago peruano distribuido por comarcas de Europa o de Estados Unidos: separados por la distancia, aislados por la otredad cultural, pero

misteriosamente vinculados por esa sombra interior que los religa con esta tierra al mismo tiempo añorada y repudiada.

Para terminar, habría que plantear una última pregunta: ¿Es Jorge Valenzuela un escritor posmoderno? Sin transitar demasiado en honduras, me atrevo a responder que sí. Primero, por la ausencia de ese afán totalizador y esa voluntad de experimentación que identificamos con los narradores del llamado «boom». Es evidente advertir en los cuentos motivo de este análisis lo que suele identificarse con la llamada estética minimalista. Pero hay un rasgo que me interesaría destacar: la ausencia de utopías. Valenzuela pertenece a una generación a la que califico como de transición. Los que se iniciaron en la actividad intelectual entre fines de los

70 y la década del 80, estuvieron aún muy impactados por las grandes utopías del siglo XX, a diferencia, probablemente, de generaciones posteriores, para quienes la cancelación de las utopías parece una realidad dada y «natural». La ausencia de la dimensión utópica en un escritor representativo de la generación de los ochenta como Valenzuela, no resulta pues «natural», sino que obedece a una decisión deliberada. Esa decisión es una de las razones que me lleva a adscribir su narrativa al ámbito de la posmodernidad. Finalmente, creo que debemos destacar la riqueza de la narrativa de Jorge Valenzuela y la importancia de su obra, ahora reunida en este volumen. La aparición de este libro lo consolida como uno de los más notables narradores de su generación. **(Carlos García-Bedoya Maguiña)**.